

Escritura: grafemas, grafías y gráficos

Claudio R. Delmaschio
U.N.R.

(Maryanne) Wolf cree que el momento histórico que más se asemeja a la revolución actual fue la transición de los griegos de la cultura oral a una centrada en la escritura. Sócrates, gran defensor de la cultura oral, protestó contra la cultura escrita, porque pensaba que era el único proceso intelectual capaz de probar, analizar e interiorizar conocimientos y de conducir a los jóvenes a la sabiduría y la virtud, explica Wolf. Las ideas escritas, creía, cortocircuitarían este proceso. (Carbajosa, 2015)

I.-

En la actualidad, los textos escritos a los que tenemos acceso han sufrido una serie de mutaciones muy evidentes, cambios de apariencia y el surgimiento de ciertas reglas de producción que resultan tal vez innovadoras o, en algún punto, transgresoras.

Hasta no hace mucho, la letra, de imprenta o manuscrita, era la pauta usual e imprescindible en toda tarea de lectura o escritura, cualquiera fuera el soporte: letras cursivas, redondas, comerciales, poblaban los textos acompañadas de rigurosos puntos, comas, signos de apertura y cierre, etc.

Poco a poco, ha ido flexibilizándose esta forma tradicional de escritura hacia la reducción de un importante grupo del sistema normativo de la ortografía a un nuevo paradigma sostenido exclusivamente en la correspondencia fonética. De pronto, ciertas estrategias que se utilizaban para la toma de apuntes, por ejemplo, se usaron sin reservas en la comunicación interpersonal y “x” se asumió directamente por “por” y no solo las palabras, el fenómeno se aplicó también a otros formantes y “100” comenzó a ser parte de “100pre” y la “k” sustituyó al dígrafo “qu-”, la “s”, “c” y “z” pudieron alternarse sin que

nadie se asombrara. Es cierto que nuestro sistema ortográfico está sostenido en gran medida sobre las relaciones fonema/grafema y que ha habido muchos intentos de simplificarlo –no es esta una demanda inaugural ni original–, Sarmiento es una prueba de ello , pero, evidentemente, si continuamos sosteniendo académicamente este modelo, no es casualidad precisamente.

Recordemos que en su propuesta insistía:

Pero como hoy no hay uso común y constante, porque coexisten diversas maneras de escribir, y necesitamos adoptar una ortografía cualquiera, he creído que para librarnos de un golpe de los errores que á cada paso cometemos en la elección de las letras, para escusarse la mayoría de los americanos de aprender latín, ó andar años enteros atisbando la manera como están escritas en los libros las palabras debemos consultar el *modo constante* que hay en América de pronunciarlas, realizando de una vez la acertada indicación de Nebrija,

“Que cada letra tenga su distinto sonido”

“Que cada sonido tenga su distinta letra”. (Sarmiento, 1843: I)

En esta misma línea, se comenzó a dejar espacio a nuevas entidades que se introdujeron subrepticamente en los escritos a través de combinaciones elaboradas a partir de signos ya existentes: dos puntos más paréntesis, una carita feliz; punto y coma más paréntesis, una carita feliz guiñando un ojo; dos puntos más paréntesis de apertura, una carita triste, etc.

La significación de estos elementales ‘emoticones’ introdujo una nueva manera de concebir los rasgos que se debían leer. Ya no se establecía la consabida relación grafema/fonema para luego dar lugar, en la secuencia, a las unidades significativas básicas, sino que los rasgos que se reconocen en cada ‘carita’ habilitan la vinculación del dibujo con una eventual emoción, una disposición anímica, un sentir. Ya no más: “No me gusta, me hace sentir mal, prefiero otra cosa”. Toda la expresión se vuelve innecesaria, redundante. Es como si se hubiese reproducido, patentizado, el gesto de desagrado, de insatisfacción.

A medida que la tecnología fue instalándose cada vez más cómodamente en nuestra cotidianidad, este tipo de incidencia en la escritura (no solamente de los adolescentes y jóvenes) fue creciendo notablemente.

Sin dudas, los dos fenómenos descriptos son de diferente naturaleza: el primero prioriza el valor fonológico por sobre el ortográfico y el otro desconoce la correspondencia entre el trazo y el sonido e impone la relación entre una imagen y una posibilidad de interpretación, en principio, completa.

Nuestro interés está centrado en el intento de comparar la modalidad convencional de la escritura grafemática con el formato que admite e incorpora estos elementos, primordialmente facilitados por la tecnología, los emoticones.

II.-

Para comenzar a pensar estas cuestiones, resulta conveniente volver al planteo que formulaba André Martinet cuando presentaba la doble articulación sobre la que se organiza el lenguaje. Si bien allí presenta una propuesta orientada sobre lo fonológico y lo morfológico, este modelo permite reconocer una analogía aplicable a la dimensión de la escritura. Básicamente, se trata de considerar unidades mínimas de una segunda articulación, a las que nosotros podríamos identificar con grafemas o letras, y asumir que las lenguas pueden limitarse a algunas decenas de producciones distintas que se combinan para obtener unidades de la primera articulación. En esta instancia, se conforman elementos mínimos, de los que los grafemas/fonemas son su materia prima, a los que identificaríamos *grosso modo* con las palabras. Consiste, de esta manera, en dar más información con elementos limitados (Cfr. Martinet, 1968).

Aún sin necesidad de explicitar formalmente este proceso, el modo de aprendizaje y práctica de la escritura durante largas generaciones estuvo bastante de acuerdo con estos parámetros.

Con la irrupción de las formas gráficas, los emoticones, por su propia condición, desconocen este tipo de articulación y organización. Cada uno de ellos es una unidad en sí mismo, no evocan un concepto ni una idea que espere actualizarse con una referencia

extralingüística. Cada emoticón es una señal autorreferencial que se resume en su expresión. Una “carita feliz” no es más que eso, no es alguien, el enunciador, sonriendo. Es la sonrisa¹.

Un lector o escritor que usa esa “carita feliz” no dice ni comprende nada en especial, no habilita una posibilidad de conceptualización. Tal vez, si por un lado observamos que de la organización articulada de los grafemas resulta una palabra o lexema, la aparición de un emoticón podría evocar lo que daríamos en llamar un “emotema”, es decir una sensación estrictamente emocional que manifieste rasgos de empatía entre el lector, el escritor y el enunciado.

III.-

Ahora bien, una de las cuestiones que deberíamos tener en cuenta es cómo asumir la comprensión de estos emoticones desde la lectura. En primer lugar habrá que considerar el contexto lingüístico (o textual) y la situación comunicativa en que surge. Bien sabemos que los datos que aportan estas dos circunstancias son, a veces, determinantes, aun en algunas producciones exclusivamente lingüísticas:

i. *Saquen una hoja.*

En este caso, el significado y la referencia del término ‘hoja’ dependerá del contexto de uso: página, pliego, cuchilla, parte de un árbol, etc.

ii. *Todo iba bien hasta que sus opiniones se encontraron.*

Aquí, un elemento constituyente de la oración, “bien”, determina el alcance de “se encontraron” como *chocaron*, *disintieron* (pensar que si se utilizara “mal”, la significación mutaría a *acordaron*, *se pusieron de acuerdo*).

¹ Vale considerar que aunque pueda aparecer como bastante codificada, tiene la posibilidad de remitir a otro tipo de sentidos (una cara feliz puede ser una sonrisa de aceptación, de complicidad, de ironía, de venganza, etc.).

Por lo tanto, no es nada nuevo tener que apelar a recursos exteriores a la expresión misma para lograr una concepción más precisa.

Roland Barthes, en “La retórica de la imagen”, recuerda que “...para unos, la imagen es un sistema muy rudimentario con respecto a la lengua y, para otros, la significación no puede agotar la riqueza inefable de la imagen.” (1986: 29-30)

Así, la amplia gama de posibilidades de gráficos y figuras que los medios electrónicos ofrecen ven multiplicadas sus potencialidades expresivas en función de los cotextos y contextos en que aparecen, pero al mismo tiempo, encuentran restringida su especificidad por los mismos motivos, es decir, al ser aplicables a situaciones comunicativas diametralmente divergentes, la oportunidad de lograr un valor expresivo propio que le permita prescindir de la escritura convencional es cada vez menos probable.

IV.-

Escritor y lector, los dos agentes del proceso, se posicionan ante su tarea con los presupuestos necesarios, es decir, cada uno sabe que podrá utilizar cierto registro, algunas licencias y las convenientes apoyaturas gráficas según el género, los participantes y el soporte (cabe destacar que, aunque resulte una obviedad, esta última particularidad es la que permite el uso de emoticones con notable mayor frecuencia).

Quando se inicia una acción verbal, el autor recurre, de entre el amplio conjunto de conocimientos que acumula, a subconjuntos de representaciones que se refieren sobre todo al contexto físico y social de su intervención, al contenido temático que con ella se pondrá en funcionamiento y a su propio estatuto de *agente* (capacidad de acción, intención, motivos). (Bronckart, 2004: 194)

Podemos agregar, sin mayores riesgos, que también se incluyen las representaciones que el autor tiene de su interlocutor.

Conversaciones informales, publicidades, logos, etc. son la oportunidad propicia para este tipo de escritura: incorporan estas marcas y las alternan con signos convencionales.

[...] aquí tenemos una pérdida de la equivalencia (propia de los verdaderos sistemas de signos) y posición de una cuasi-identidad. En otras palabras, el signo de este mensaje no proviene de un depósito institucional, no está codificado y nos encontramos así frente a la paradoja [...] de un *mensaje sin código*. (Barthes, 1986: 33)

Aparentemente, su posibilidad está cifrada en los presupuestos compartidos por la confianza e intimidad entre los participantes o por la ficcionalización de estas mismas características con voluntad de persuasión.

Pese al impulso que han adquirido estos gráficos, la escritura formal en los géneros tradicionales, académicos o los llamados “serios” se mantiene inalterada y sin fisuras. Todo aquello que esté ajeno a la norma reconocida queda excluido. La persuasión queda patentizada en la argumentación lógica, expresada concretamente por signos constituidos por grafemas convencionales.

Cuando un autor o un lector se disponen previamente a producir o leer un texto, saben –o al menos intuyen– que lo hacen en el marco de un sistema determinado; son muchas las posibilidades de que no los sorprenda un código desconocido.

No obstante, la pregunta que se impone es si el texto interpretado en este sistema mixto guarda una adecuada relación significativa con el que es comprendido. La única manera de aproximarse a una constatación o verificación es indagar por las intencionalidades que dieron lugar al texto, lo que se entendió al acceder a él y, en última instancia, observar si los efectos perlocutivos consecuentes son pertinentes. Vale recordar lo que también nos lo advierte Barthes: “la ausencia de palabra recubre siempre una intención enigmática” (1986: 35).

Lo que no podemos dejar de señalar es que esta pregunta puede aplicarse, por los mismos motivos y con los mismos supuestos, también para todos los textos enteramente lingüísticos.

V.-

En síntesis, la diferencia y la coincidencia entre grafemas y emoticones se encuentran comprendidas en el mismo interés: la economía del lenguaje.

Por un lado, los grafemas versionan las variedades fonológicas a fin de obtener un número ilimitado de representaciones significativas con un número limitado de caracteres.

Por el otro, los emoticones intentan dar cuenta de emociones, estados, sensaciones, con un mínimo esquema adaptable y susceptible a las variaciones del contexto.

De todas maneras, hay un aspecto que no es menor: toda escritura presupone y tiene como destino su lectura. Si bien podría asumirse que la lectura del emoticón es posible en situación de una lectura silenciosa, no podemos pensar en su verbalización. Por lo tanto, nos atrevemos a arriesgar que, en última instancia, estos elementos operan más que como una variante o como una ampliación del código de escritura, como una especie de paratexto que ofrece cierta apoyatura a la escritura tradicional. Podríamos asumir, entonces, que se trata de un modo de incorporar la gestualidad, las muecas, lo paralingüístico, al soporte del texto.

Bibliografía:

Carbajosa, Ana. “¿Recuerdas cuando leíamos de corrido?” en *El País*, España, 24 de mayo de 2015. *Disponible en:*

http://politica.elpais.com/politica/2015/05/06/actualidad/1430927826_380794.html?id_externo_rsoc=FB_CM

. Acceso: 10/06/2015.

Barthes, Roland (1986) “La retórica de la imagen” en *Lo obvio y lo obtuso. Imágenes, gestos y voces*. París. Paidós Comunicación.

Bronckart, J-P (2004). *Actividad verbal, textos y discursos. Por un interaccionismo sociodiscursivo*; Madrid, España: Fundación infancia y aprendizaje.

Martinet, André (1968) “La doble articulación del lenguaje” en *Elementos de Lingüística General*. Madrid. Gredos.

Sarmiento, Domingo F. (1843) "Prólogo" a *Memoria (sobre ortografía americana)* leída a la Facultad de Humanidades. Santiago de Chile. Imprenta de la Opinión.